

La actividad formadora docente dentro del aula universitaria y su impacto social inmediato

MARÍA DEL ROSARIO GUERRA GONZÁLEZ

*U*no de los desafíos de este siglo aún incipiente es el de pensar cómo desea la humanidad que sea la educación; en ese sentido, la UNESCO creó una comisión para analizar las inclinaciones contemporáneas y elaborar un reporte que sirva de pauta a la conducción de las acciones internacionales. Los conflictos y retos educativos no se presentan de manera aislada; siempre se dan en contextos económicos, sociales, culturales y políticos. De ninguna manera se debe desvincular las cuestiones educativas de las tendencias de una sociedad en constante movimiento, tanto a escala nacional como internacional. Si se desea saber qué tipo de educación se precisa para el siglo XXI, es necesario realizar un análisis que incluya aquellas esferas.

Hay que subrayar la importancia de estudiar los cambios que se están dando. No se puede ignorar que la globalización económica aumenta la interdependencia de las naciones —la autarquía de los países ya es cosa del pasado (Stavenhagen, 2001: 64)—: individuos y pueblos reciben sus efectos. En consecuencia, la educación debe preparar a las nuevas generaciones para enfrentar ese conjunto de fenómenos al que se ha llamado globalización, cuyas interpretaciones son muy diversas. Los propietarios del capital internacional la ven como una ventana al desarrollo; una buena parte de la humanidad subraya sus efectos negativos, entre los que está que mientras el mundo global es promovido por los países más poderosos económicamente, las naciones más débiles obtienen sólo beneficios muy marginales. La globalización se sustenta en los dividendos y la utilidad económica, y deja en un segundo plano los aspectos sociales, culturales y ambientales. Los educadores deben reflexionar en las herramientas que necesitan las próximas generaciones para encarar este tipo de situaciones.

Los avances tecnológicos van muy de prisa. El proceso es tan dinámico que en ocasiones ni siquiera se toman en cuenta sus efectos o resultados. Esto hace ne-

cesario preguntarse si los enfoques con que se trabaja en las aulas son los adecuados. Esos avances nacen y benefician sobre todo a los países con mayor desarrollo industrial: en las universidades de excelencia, en los laboratorios de las grandes empresas y en los centros de investigación más prestigiados. Los países pobres no tienen la oportunidad de desarrollarse en forma independiente, pues no cuentan con los medios económicos para hacerlo. Además, la fuga de cerebros, empeora la situación. Los talentos de las naciones pobres emigran buscando un mejor lugar para realizarse profesional y personalmente.

Pero ni la globalización ni los avances científicos y tecnológicos hacen comunidades más libres y justas en forma inmediata, en términos concretos de una mejor calidad de vida material y espiritual. La equidad que no se ha logrado todavía.

Asimismo, en las naciones más avanzadas, el índice de desempleo ha aumentado de manera preocupante, y ha creado inestabilidad social, que aumenta con la constante afluencia de inmigrantes. La multiplicidad de culturas y orígenes étnicos se traduce en marginación, xenofobia y racismo. Sin embargo, en los países receptores se considera a la exclusión como resultado de condicionantes sociales, económicas y culturales. Es tarea del educador colaborar en la solución de cualquier tipo de exclusión. En tanto, en las naciones con menos recursos esta diferenciación se manifiesta sobre todo como desempleo, miseria, y si acaso empleos duros y mal pagados, sin descontar los problemas enunciados anteriormente, a lo cual debe agregarse la poca capacidad del Estado para favorecer una mejor distribución del ingreso. La educación es un factor determinante del crecimiento y el desarrollo económico, de la equidad y de la formación de las nuevas generaciones en las capacidades que les permiten participar de los beneficios sociales y económicos. Como se ve, los retos de la educación son complejos y numerosos.

En abril de 1979, Derek Bok, Presidente de la Universidad de Harvard, planteó en su informe anual la necesidad de reestructurar la Escuela de Negocios. A partir de que se educaba bajo la consigna de que “negocios son negocios”, consideraba a la actividad mercantil como amoral pero las carreras que forman administradores o especialistas en negocios, no pueden carecer de presupuestos éticos. Para Bok, era necesario incluir en las carreras profesionales un análisis de los objetivos de las empresas, un enfoque ético para el logro de esos objetivos y una división de asuntos que considerara a la jurisdicción del Estado separada de la competencia privada (Llano, 1991). Éste sigue siendo un reclamo para las universidades que va más allá de la información y de la especialización, y señala un compromiso ético, precisamente.

Hay intelectuales que reconocen que mucho de lo que aprendieron en la escuela se lo deben más al jardín de niños que a los estudios universitarios, pues

aquella primera escuela cumplió con su función educadora al enseñarles a vivir. Probablemente —en esos casos—, la educación superior no cumplió con ese objetivo. ¿La práctica de una profesión universitaria exige sabiduría para vivir? Sin duda, porque no es una actividad automática, sino lúcida y marcada por aciertos y errores; por lo tanto, debe estar guiada por un bagaje axiológico que permita tomar decisiones correctas tanto en la esfera individual como en la social. Un buen comienzo es que el profesor esté pendiente de lo que ocurre en su clase, evalúe los procesos educativos que se han cumplido totalmente, los que lo han hecho parcialmente y cuáles han fracasado.

La planificación que hace el docente puede ser impecable, y los contenidos programáticos, sabiamente dosificados, pero esto no es todo. El proceso educativo incluye la intervención del educador en las situaciones que se dan en el grupo, y la respuesta a imprevistos y a lo que sucede en la vida dentro del aula. Ésta es la huella educativa que perdura por encima de lo que puede ser retenido conceptualmente por el alumno y es resultado de quien trabaja planificando día tras día, variando sus actividades año con año, modificando contenidos y métodos de acuerdo con el fluir de la cultura, y viviendo su trabajo como una persona realizada que busca su desarrollo continuo. En el otro extremo está el maestro que repite año con año lo que aprendió hace mucho, lleva una libretita con las tareas y exámenes que generaciones enteras ya han hecho, y hace monótono y aburrido su trabajo. La mayoría de quien ha tenido la vida escolar se ha encontrado con ambos tipos de profesores, y quien ha ejercido el magisterio, tiende a uno u otro extremos.

La educación es un proceso de crecimiento. En cualquier etapa de la vida la persona puede crecer, pero en la edad temprana el crecimiento es mayor y la dirección del crecimiento es vital para las etapas posteriores. Los valores que se inculcan en los jóvenes son difíciles de olvidar; son la huella sobre la que se escribirá después. Visto así, estamos delante de un *poder*. En la naturaleza, sigue la evolución, de la que somos la última etapa (hasta ahora, por lo menos). Así va la vida; éste es el camino de la acción. La forma en que el maestro vive tal proceso tiene repercusiones en él, en sus alumnos y en la sociedad. A través de su labor docente, se puede verificar lo que ha logrado cada maestro en sí mismo, en sus alumnos, en los padres de sus alumnos y en la sociedad.

Shön ha distinguido diferentes maneras de aproximarse a la actividad docente. En la *racionalidad técnica* el profesor se considera un técnico-especialista actualizado en una rama del conocimiento científico. La competencia profesional consiste en saber teorías y técnicas derivadas del conocimiento teórico; en algunas áreas, estas teorías desembocan en soluciones tecnológicas a problemas prácticos. Otra forma de pensar la educación es la *racionalidad práctica*. El docente

identifica el problema al que se va a referir y delimita el escenario; y puede agregarse un tercer nivel: responder al reclamo de nuestro presente en el sentido de vivir con conocimientos actualizados, e incluyendo el aspecto ético. Son consecuentes entonces los interrogantes acerca de los alcances de una solución y los efectos de ésta en términos positivos y negativos.

Saber vivir es saber convivir. Esto implica captar la realidad desde una visión personal y, simultáneamente, atender a otras versiones. El primer paso de este proceso es enseñar a hablar para ser entendido, porque hablar en el aula no debe ser el desahogo psicológico que ignora a quien escucha, ni aplicar la racionalidad estratégica para suscitar la admiración del auditorio, como sucede cuando se emplean frases en otro idioma, sino usar el lenguaje para exponer una idea, conducir el proceso en que el alumno se forme su propia opinión y lograr que la exprese, partiendo de un ambiente propicio a la discusión.

Enseñar a vivir es enseñar a respetar la opinión ajena aunque no la compartamos. Se le atribuye a Voltaire las palabras “no estoy de acuerdo con lo que dices, pero hasta con mi vida defenderé el derecho que tienes a decir lo que piensas”. Se trata de tolerancia en un sentido profundo y de eliminar la burla, como el único recurso que usan algunos cuando no entienden o no comparten una opinión, como en *The Wall*, cuando el maestro lee con burla los poemas del alumno. La

actitud del docente queda grabada en la personalidad del estudiante, y de eso se trata, de colaborar en su formación o en su destrucción. El profesor universitario tiene también esta tarea.

Cada persona nace con facultades y con habilidades que puede desarrollar. El maestro puede mutilarlas o estimularlas. Los poderes ya están, pero mediante el ejercicio graduado y progresivo es como se adquiere disciplina, rapidez, eficacia y economía en la realización de actividades. Por esto la instrucción debe atender menos a los contenidos (mudables y superables) y trabajar más en las destrezas y los hábitos intelectuales, morales y fí-



FOTOGRAFÍA: Silvia Lignini Vassolo.

sicos por medio de una larga disciplina. John Dewey el filósofo y pedagogo norteamericano instrumentalista afirmó que la educación es desarrollo de posibilidades de vida. Cuando leemos sobre la vida de un hombre célebre son frecuentes las descripciones de los ambientes donde vivió, sus condiciones familiares, los acontecimientos que marcaron su carácter, sus gustos, alegrías y sufrimientos. De la misma manera se habla de una cultura, sea la de un pueblo del paleolítico, de la Atenas clásica o de una ciudad del Lejano Oriente. La diferencia entre un ser inanimado y los seres vivos es que éstos “se conservan por renovación”, y este proceso lo realiza la educación (Dewey, 1970: 9).

Una cultura es continuidad y también es cambio. De esto no pueden estar ajenas las instituciones de educación superior. Dewey ejemplificó con una epidemia que suprime a todos los miembros de una sociedad. La semejanza de esta suposición con la realidad es que, en uno y otro caso, todos mueren; la diferencia es que lo hacen en diversos tiempos. En condiciones normales, esta diferencia es la que permite la supervivencia del grupo, porque los miembros adultos transmiten sus ideales y prácticas a los inmaduros: así se renueva el grupo social. No se trata de un proceso automático. Es necesario el esfuerzo, la constancia y el sentido crítico para no aceptar ni rechazar todo de manera acrítica. Se trata de continuidad, porque hay una raíz en el pasado, generalmente no consciente y que sólo se capta en oposición con otras culturas. Es bueno conocer esta raíz, pero ello implica detenerse a pensar por qué se tiene un estilo de vida y no otro, y reflexionar en cuáles son los valores de la cultura que es deseable conservar. Hay un sector del pasado que es bueno mantener, pues el hábito es importante.

El individuo siente la autoridad de sus padres y maestros, que representan a la sociedad entera, incluso en su historia y en la evolución de las normas. Nuestra conducta social es un conjunto de hábitos aprendidos de la comunidad que permiten la supervivencia. Los hábitos del grupo y los individuales determinan en gran parte nuestra forma de vida. No podemos hablar de establecer actitudes o modificarlas sin implantar o cambiar hábitos.

El hombre está indeterminado, no tiene una conducta fija, preestablecida, o programada instintivamente. En este abanico de posibilidades, la acción educativa es determinante.

Pero no se trata de conservar todo porque “es la tradición”. No todas las tradiciones son deseables. Así, el otro aspecto sobre el que es conveniente reflexionar es el de lo que hay que cambiar en la forma de vivir de la sociedad: ahí está la renovación. De esta forma surge la sabia “experiencia”, que no es la vejez por sí misma, sino la comprensión alcanzada. Esto implica una vida equilibrada: aprender de lo que los otros ya hicieron. Pensar, reflexionar, ser críticos, vivir el arte,

seguir jugando, trabajar, descansar.

El hombre re-crea aquello en lo que cree: sus ideales, sus proyectos, lo que entiende por felicidad y por miseria, sus prácticas cotidianas. Una universidad que prepara para la vida debe mostrar que nada de esto es absoluto ni eterno. La educación es el medio que permite la continuidad de la vida. Todas las áreas del saber son propicias para cumplir con este objetivo, aunque cada una haga énfasis en aspectos diferentes de la realidad.

Vivimos un momento de cambio, y por eso se habla de crisis. En cada época de cambios la sociedad tiembla, se asusta, porque su permanencia corre peligro. De ahí que sea un momento propicio especialmente para reflexionar sobre la educación superior que se necesita. No se trata solamente de preguntarse cuáles son las asignaturas a suprimir y cuáles las que se deben agregar para que el perfil del egresado sea más competitivo; se trata de ir más lejos. El maestro puede formar personas completas, que integren en su día actividades diferentes. Si sumamos la acción de todos los profesores, el ideal deberá alcanzarse, pero la acción del docente es libre, y su trabajo puede ser bueno, mediocre o malo.

Por ejemplo, si hablamos del valor verdad, que es central en la vida universitaria, debe atenderse la seriedad de la información y de las fuentes de las que se obtienen los datos, para evitar que los alumnos repitan lo que dice un libro, un

FOTOGRAFÍA: Silvia Lignini Vassolo.



periódico o un noticiario, sin analizarlo. Entonces, un valor sobre el que es necesario reflexionar es éste: precisamente, tomando en cuenta la verdad relativa del conocimiento y la verdad ética como ausencia de engaño premeditado, aunque, paradójicamente, siempre manejaremos el conocimiento desde el *error* y la *ilusión* (Morin, 1999: 21). Una idea similar ha expresado Maldonado cuando dice que son tres las características del conocimiento científico actual: carácter contraintuitivo, crisis profunda de la disciplinabilidad científica y complejidad de las ciencias y del mundo, lo que conduce a cuestionar la actividad universitaria (Maldonado, 2005: 12).

Verdad y honestidad son dos valores que urge conceptuar. Una persona que intenta desarrollar las distintas áreas que conforman su vida debe tener juicios éticos fundamentados sobre las mismas.

Hoy, es clara la necesidad de una educación humanista, y en los países en desventaja el desafío es mayor. Es urgente que el individuo tenga como prioridad su desarrollo, la reciprocidad y la justicia. La educación debe servir como instrumento para lograr el cambio social orientado por cambios culturales. No es suficiente con que en las aulas se informe sobre la realidad de manera crítica y precisa, sino ofrecer alternativas reflexivas a los estudiantes acerca de los valores. Hay que ir más allá de lo que usualmente se hace. ✍

BIBLIOGRAFÍA

- Dewey, John (1970), *Democracia y educación*, Buenos Aires, Losada.
Llano, Carlos (1991), *El empresario y su acción*, México, Mc Graw Hill.
Maldonado, Carlos (2005), *Complejidad de la ciencia y ciencia de la complejidad*, Bogotá, Universidad Externada de Colombia.
Morin, Edgar (1999), *Los siete saberes necesarios para la educación del futuro*, México, UNESCO.
Stavenhagen, Rodolfo (2001), "Tendencias del debate educativo a nivel mundial", en Carlos Núñez, *Educación para construir el sueño*, Tlaquepaque, ITESO.